

Tres metáforas filosóficas sobre el lenguaje

En ese eterno debate sobre la diferencia entre el ser humano y el resto de animales se suele ofrecer un argumento recurrente: la palabra. Hablamos y escribimos, cosa que difícilmente puede decirse de los animales. Sí, hay quienes afirman que se comunican y tienen un lenguaje propio, y la etología ha proporcionado pruebas al respecto. Pero la articulación de nuestro lenguaje y su capacidad expresiva es una diferencia insalvable. Somos el animal que habla y escribe. Somos animales lingüísticos, y por tanto estamos hechos, metafóricamente hablando, de lenguaje y de palabras. El lenguaje se ha convertido, para nosotros, en costumbre, y tendemos a considerarlos como un rasgo natural del ser humano. Eso no impide que sea, sin dudas, una de sus características más extrañas y misteriosas, que ha ocupado las reflexiones de no pocos filósofos. Por eso la anotación de hoy va a proponer un pequeño juego filosófico, literario, poético... Se trata de encontrar diferentes metáforas que nos puedan servir para describir alguna de las dimensiones del lenguaje. Las 3 propuestas iniciales figuran en el título: espejo, trampa y llave.

Una primera sugerencia vendría dada por el espejo. El espejo refleja la realidad, y es una estructura simétrica con la misma. Es la idea central del primer Wittgenstein y toda la filosofía analítica, pero aparece mucho antes: habría que matizarlo pero, por ejemplo, podríamos fijarnos en esa idea de Ockham según la cual las palabras pueden ocupar el lugar de las cosas. Aunque establezca una relación artificial entre ambas está defendiendo, en realidad, que el lenguaje refleja el mundo, eso sí, gracias a que nosotros queremos que así sea. Si aceptamos esta imagen del lenguaje, las palabras serían la "imagen lingüística" de las cosas. Una idea bien alejada de nuestra segunda metáfora: la trampa. El segundo Wittgenstein y su ya famosa mosca encerrada en una botella son un buen referente al respecto: el lenguaje es imperfecto, está lleno de trampas y a menudo nuestras discusiones y malentendidos se deben a los defectos del lenguaje. Fijar bien el significado de las palabras que utilizamos, delimitar lo que después va a ser el "universo del discurso" (algo así como "las reglas del juego") es una condición indispensable para evitar las discusiones teóricas. Eso es precisamente lo que intenta hacer la ciencia, idea ya implícita, por otro lado, en la propuesta de Hume de echar a las llamas todos los libros de metafísica

Tercera imagen: la llave. Cierta tipo de lenguaje nos permite acceder a las cosas, a nuevos sentidos de las mismas a nuevas formas de interpretarlas y de mirarlas. La ciencia es uno de estos lenguajes-llave, pero también lo es la poesía, la literatura o la propia filosofía. Nuestra especialización no es otra cosa que ir acostumbrándonos a abrir la realidad que las diferentes llaves de nuestro lenguaje, a desentrañarla con ese universo simbólico en el que vivimos. El lenguaje es nuestra llave de acceso a lo real, y dependiendo del tipo de lenguaje que manejemos podremos acceder a uno u otro aspecto de la realidad. ¿Son estas llaves incompatibles entre sí? ¿Si uso la llave científica he de renunciar a la de la poesía? ¿Hay una única llave y debo despreciar todas las demás? Preguntas que quizás tengan diferente respuesta, dependiendo la llave que utilicemos para acceder al problema o dependiendo de cómo afrontemos la trampa que estas preguntas implican. Espejo, trampa y llave. ¿A alguien se le ocurren más metáforas sobre el lenguaje? Sería un detalle de egoísmo que no las compartiera con el resto de lectores...